

EL VERANEO DE LOS REYES

Es la décimaséptima jornada de verano que emprenden á aquella capital. Sólo el verano de 1898—año nefasto para España—dejaron de visitarla.

Los primeros veranos se alojaron en el palacio de Ayete, que su dueña, la señora Duquesa viuda de Bailén, ponía á disposición de la Reina. En el mismo palacio y en los últimos días de Abril de 1889, se reunieron la Reina Victoria de Inglaterra y la Reina de España.

Años después, se instaló D.^a María Cristina con sus hijos en Miramar, que estaba en construcción cuando Su Majestad Británica estuvo en San Sebastián, y en cuyas obras, por cierto, se cayó y sufrió un golpe por aquellos días el Sr. Sagasta, que con el marqués de la Vega de Armijo, también ministro, acompañó a la Reina.

Miramar, como es sabido, se levanta en un extremo de la hermosa bahía de la Concha. Los terrenos que adquirió la Reina para levantar su casa, pensó adquirirlos años antes el inolvidable Gayarre para establecer una fábrica de productos químicos. El gran tenor en sus últimos años pensaba con todo el positivismo de la época.

A la Reina no la gusta que se llame Palacio á Miramar. Dice que su nombre es Real Casa de Campo de Miramar, y así la llama ella. Y casa de campo es en realidad la mansión regia, á cuyos pies se estrella, acariciándolos, el Cantábrico. Y vida de campo es la que allí hace la Familia Real, dedicando tan sólo una hora al día á despachar con el ministro de jornada, y dos días por semana á recibir á las autoridades y á particulares.

En los primeros años de jornada en la capital guipuzcoana se bañaba la Reina, y adquirió justo nombre de intrépida nadadora—*Nadar ya hase como pocos y sambulla tamien*—, decían en su pintoresco castellano los tripulantes de la escampavía que se situaba cerca.

La Familia Real pasa una buena parte de la mañana en la playa. En la caseta de baños que la Diputación monta y que se hace avanzar ó retroceder en la playa con grúa de vapor, según el avance ó retroceso de la marea, se han firmado algunos muy importantes decretos.

Las tardes las dedica generalmente á dar largos paseos en carruaje, montaña arriba, á respirar aires puros, á extasiarse contemplando los soberbios panoramas que hay por todas partes. El coche hace alto en un punto determinado de antemano, y allí está Cirilo Erquicia, el guía fiel y estimado de las Reales Personas, que con él pasan agradables ratos. Cirilo Erquicia es una institución en la jornada regia. Joven aún, fuerte, conocedor de las montañas y de sus atajos paso á paso, es el verdadero tipo *sagardúo*. Habla correctísimamente el vascuence, bien el francés y medianamente el castellano. En sus primeros años y efecto de las dificultades que le ofrecía el idioma nacional, amén de las que surgían de la emoción, solía equivocarse, y lo mismo daba tratamiento de majestad á la Reina, que de usted, de ilustrísima ó de tú. Y la Familia Real se reía de «las cosas de Cirilo» que, aparte esas irreverencias inconscientes, era capaz de dejarse matar por servir á la Reina madre y á sus hijos. Y la Reina y sus hijos, que lo saben, le aprecian mucho y le dan señaladas pruebas de consideración.

Con Cirilo han visitado muchas de las caserías que pueblan aquellos montes hermosos, y en una de ellas, camino de Lasarte, fué donde regalaron al Rey un perro que ha disfrutado muchos años el cariño y la predilección de su augusto amo. Fué el perro *Sagasta*, cuyo nombre se le puso el propio D. Alfonso.

Otras veces se presentan en los pueblos sin previo aviso, gustando mucho de visitar las escuelas y conversar con las autoridades, cuya sencillez encanta á la Familia Real. Á una villa, cuyo alcalde era republicano, llegaron un día las Personas Reales, siendo recibidas por aquella autoridad con toda clase de consideraciones y respetos, porque no quita lo cortés á lo valiente, y allí la cortesía es proverbial. La Reina debía sospechar la filiación del alcalde, y tal vez interesada por la grandísima amabilidad y por la corrección de un hombre que comulgaba en las ideas republicanas, le preguntó:

—Dígame alcalde: ¿usted á qué partido pertenece?

—Al partido judicial de San Sebastián, señora—contestó imperturbable el hombre.

Los paseos terminan con la luz del día, y de noche no hay en Mi-

ramar más que tertulias familiares y alguna que otra vez veladas artísticas, cuando desfilan por San Sebastián artistas como Arbós, Tragó, Guervós, Leo de Silka, Baldelli, etc.

Sarasate tocaba todos los años un día en la Real Casa de Campo. Era la única vez que durante la canícula empuñaba el violín el gran artista. Fuera de esa ocasión se negaba á tocar, porque, según afirmaba, con el calor silbaban las cuerdas.

Ya ven ustedes que era el colmo del acrevimiento el de las cuerdas del violín. ¡¡Silbar á Sarasate!!

ANGEL MARÍA CASTELL.

Madrid.

